III. LA ENUNCIACIÓN

Una necesidad para el análisis del discurso, asiento de una dificultad

Hay pocos textos teóricos sobre análisis del discurso que no deploren la falta de una teoría de la enunciación y que no vean en ella el camino que habría que emprender para salir del círculo en que queda encerrada la lingüística del discurso por la estricta problemática sintáctica y léxica: "La más importante tentativa por sobrepasar los límites de la lingüística de la lengua es sin duda el campo abierto por lo que se ha convenido en llamar la enunciación".[1]

Como hemos dicho, la enunciación no constituye de ningún modo un dominio bien definido que bastaría articular con el sintáctico y el semántico para obtener una teoría "completa". A decir verdad, existe más bien la tendencia a incluir en la enunciación todos los fenómenos que no han encontrado todavía una posición satisfactoria en la teoría lingüística. No es pues fácil distinguir lo que corresponde a la enunciación y lo que no. Jean Dubois señala con mucha justeza que "la enunciación se presenta ya como la aparición del sujeto en el enunciado, ya como la relación que el hablante mantiene a través del texto con el interlocutor, o como la actitud del sujeto hablante con respecto a su enunciado".[2] Es decir que es allí, ante todo, donde reside un problema cuya elaboración teórica es decisiva para la constitución de una teoría del discurso.

Estas fluctuaciones se comprenden fácilmente: la tradición de lo que se ha llamado "positivismo lógico", tradición representada en particular por Ch. W. Morris[3] y R. Carnap,[4] ha hecho célebre su tripartición de la semiótica (ciencia de los sistemas de signos) en *sintaxis/semántica/pragmática*. La *sintaxis* tiene por objeto el estudio de las relaciones formales entre los signos, con exclusión de lo que ellos significan y de los que los utilizan, mientras que la *semántica* se interesa por las relaciones entre los signos y los objetos a los cuales son aplicables; queda la *pragmática*, que se ocupa de lo que, en el proceso semiótico, se refiere a "la relación de los signos con los intérpretes". Ahora bien, la lingüística tiene, evidentemente, tendencia a incluir en su "pragmática" (la enunciación) todos los factores que no logra integrar (sicología, sociología, contexto, etc.) ni rechazar. Es muy tentador dar a la enunciación el estatus de una pragmática, sin poner en tela de juicio la definición de lo sintáctico y de lo semántico. De modo que las páginas que siguen están marcadas por una indecisión esencial.[5]

1. R. Robin, *Langage et idéologies*, p. 9.
2. "Enoncé et énonciation", *Langages* 13, p. 100.
3. *Foundations of the theory of signs*, 1938.
4. *Introduction to semantics*, 1946.

La concepción de la enunciación que el análisis del discurso rechaza

Si bien el análisis del discurso ignora todavía sobre qué teoría de la enunciación se ha de fundar, hay sin embargo una concepción de la enunciación que debe rechazar, a menos de retroceder teóricamente; sería una concepción que permitiera volver a introducir, con un aparato conceptual nuevo, aquello contra lo cual se ha construido la lingüística del discurso: la autonomía del sujeto, la del "habla" libre. La enunciación no debe desembocar en una toma de posesión del mundo y de la lengua por la subjetividad. En otras palabras, la enunciación no debe llevar a establecer que el sujeto está "en el origen del sentido" (Michel Pêcheux), especie de punto inicial fijo que orientaría las significaciones y sería portador de "intenciones", de elecciones explícitas. Hay que negarse, pues, a ver en la enunciación el acto individual de utilización que, en una perspectiva saussureana, permite pasar el límite de la "lengua" como puro sistema de signos e introducir una relación con el mundo social. Es lo que denuncia, por ejemplo, P. Kuentz, al afirmar que "con el término de enunciación se persigue la operación de salvataje del sujeto (donde)... no parece que se haya hecho ningún sitio para la dimensión social del fenómeno lingüístico. Esta no puede aparecer, como ocurría en la antropología saussureana, sino como derivada de su dimensión subjetiva".[6]

Dado que no disponemos de una teoría de la enunciación, y aun menos de una teoría de la enunciación como componente de una teoría del discurso, nuestro punto de mira será sobre todo una especie de rápido panorama de algunos puntos significativos alrededor de los cuales gira la reflexión sobre la enunciación, a la luz de las necesidades propias del análisis del discurso: "La hora de los manuales no ha sonado todavía",[7] y es de temer que esta situación se mantenga aún largo tiempo.

Enunciación - Estructuralismo - Gramática generativa

Hemos señalado que la lingüística del discurso pudo constituirse cuando se franquearon dos límites de la perspectiva llamada "estructuralista": el límite de la oración y el de una lingüística del enunciado, centrada en el análisis de un corpus compacto, con exclusión de toda referencia a una actividad del hablante. La realidad es quizá más com-

5. Conviene destacar, en Francia, el interés de los trabajos de A. Culioli (Universidad de París VII), que busca precisamente, con su teoría de la *lexis*, integrar la problemática de la enunciación sin hacer de ella un epifenómeno que intervenga en último término y más o menos facultativamente.
6. "Parole/Discours", *Langue Française* 15, p. 27.
7. T. Todorov, presentación de *Langages* 17.

pleja: la lingüística chomskiana se detiene deliberadamente en la oración, pero de hecho ha facilitado el desarrollo de una reflexión sobre la enunciación. A la inversa, Harris ha permitido franquear los límites de la oración, pero desde una perspectiva distribucionalista totalmente extraña a la problemática de la enunciación. El análisis del discurso debe permitir integrar simultáneamente estos dos aspectos.

En la concepción estructuralista estricta, el recurrir al principio de *inmanencia* traduce bien la fascinación que ejerce sobre las investigaciones lingüísticas el modelo fonológico. Lo ideal sería no ocuparse más que de las relaciones de los términos en el interior del objeto-lengua: solo cuenta la interpedendencia de los elementos que componen los enunciados realizados, su arquitectura, con exclusión del sujeto y de la situación.

Con Chomsky, se llega a algo así como una inversión de los valores. Para Saussure, la *lengua* estaba fundada por el anónimo colectivo de la "masa hablante" que reproducía en cierto modo pasivamente elementos almacenados en la memoria, y más particularmente palabras; para él la libertad, la creación son del dominio del "habla". A la inversa, Chomsky pone en primer plano la "creatividad" del sujeto hablante, en lugar de la pasividad de la masa hablante: "La distinción *competencia/ejecución* se emparienta con la distribución *lengua/habla* en Saussure, pero es necesario rechazar el concepto saussureano de «lengua», que la reduce a un inventario sistemático de elementos, para volver a la concepción de Humboldt, que hace de la competencia subyacente un sistema de procesos generativos".[8]

Si bien el *hablante-oyente ideal* de la gramática generativa es diferente del sujeto hablante que corresponde al "habla" saussureana, al referir Chomsky a la "razón" de los sujetos hablantes la competencia concebida como funcionamiento recursivo de un sistema de reglas (y no como sistema de signos clasificados en la memoria), este hablante-oyente ideal queda totalmente abstracto y no integra ni las variaciones de situaciones ni las variaciones de hablantes. Sin embargo, constituirá una etapa importante hacia la construcción de un dominio de la enunciación, cuando se llegue a concebir que "el ejercicio del habla no es una actividad puramente individual y caótica, y en consecuencia incognoscible, que existe una parte irreductible de la enunciación pero que al lado de ella hay otras que se dejan concebir como repetición, juego, convención, sistema de reglas".[9]

Aunque una concepción semejante es extraña a la estricta problemática de Chomsky, se encuentran en Jean Dubois, por ejemplo, formulaciones significativas: "al distinguir las realizaciones últimas (enunciados realizados) y la competencia del sujeto hablante (su conocimiento intuitivo de las reglas), la gramática generativa *facilita indirectamente* [la bastardilla es nuestra] esta reintroducción del sujeto en los

8. *Le langage et la pensée*, Payot.
9. T. Todorov, presentación de *Langages* 17.

modelos lingüísticos (de ejecución), siendo definido este por su actitud respecto de su propio discurso".[10]

En primer término, vamos a considerar la aparición del sujeto en el enunciado ocupándonos, con Émile Benveniste, de los aspectos indiciales del lenguaje, de la relación con el interlocutor a través de las *modalidades de enunciación*, y de la actitud del hablante a través de las *modalidades de mensaje y de enunciado.*

— Chomsky, se basa centra en la oposición entre el problema del sujeto creativo y productor y el de su competencia y facultad de hacer de la reflexión sobre la enunciación —

10. Introducción a *La phrase et ses transformations*, Larousse.

A. EL ASPECTO INDICIAL

Émile Benveniste[11] distingue claramente las reglas que fijan las condiciones sintácticas de aparición de las formas de la lengua, lo que llama "condiciones de empleo de las formas", y las "condiciones de empleo de la lengua", que surgen de dos universos diferentes. La enunciación es la "puesta en funcionamiento de la lengua por un acto individual de utilización";[12] la enunciación no es el "habla" (en el sentido de Saussure), sino que se refiere al "acto mismo de producir un enunciado y no al texto del enunciado".[13] La enunciación es el acto por el cual el hablante "moviliza la lengua por su cuenta", "toma la lengua por instrumento", convierte la "lengua" en "discurso", y se coloca en posición de hablante por medio de *índices específicos* (de ahí la expresión "aspecto indicial del lenguaje"): pronombres personales, tiempos verbales, etcétera.

La aparición de índices de persona solo se produce por la enunciación. Benveniste opone claramente *yo* y *tú*, que poseen la marca de persona, a *él*, que sólo sirve para representar un invariante no personal. Así pues, *yo/tú* tienen un estatus muy notable: son seudosignos lingüísticos, que solo remiten a la instancia del discurso en que son producidos. Así, *él* pertenece a la sintaxis de la lengua, mientras que *yo* no remite a otra cosa que a "la persona que enuncia la presente instancia de discurso que contiene a *yo*", y no puede ser identificado sino por la instancia de discurso que lo contiene. Del mismo modo, *tú* no es sino lo que *yo* establece como el individuo a quien se dirige en la presente instancia del discurso. En cambio, *él*, llamado "no-persona", tiene las propiedades siguientes:

1. Combinarse con cualquier referencia de objeto.
2. No remitir reflexivamente a la instancia de discurso.
3. Tener una cantidad de variantes pronominales o demostrativas.
4. No ser compatible con índices como *aquí, hoy*, etc.[14]

Ese estatus muy particular de los índices de persona es compartido por lo que Benveniste denomina *índices de la ostensión*. Son

11. Particularmente en el trabajo dedicado a "El hombre en la lengua", en *Problemas de lingüística general* (traducción española: México, Siglo XXI, 1971). No hablaremos aquí de los trabajos de Roman Jakobson sobre los "elementos indiciales" que él llama "embragues" (*shifters*), pero en rigor de verdad los nombres de Benveniste y Jakobson son indisociables.
12. "L'appareil formel de l'énonciation", en *Langages* 17, p. 12.
13. *Ibidem*, p. 13.
14. *Problemas de lingüística general*, p. 177.

términos que sirven para designar el objeto al mismo tiempo que es pronunciada la instancia del término: como *yo/tú*, remiten sólo a individuos y no a conceptos, no nacen sino de la enunciación, y son enteramente nuevos en cada enunciación nueva. Es el caso de los demostrativos (*este* y sus derivados) que son correlativos de personas. Así, *este* remite al objeto designado por la presente instancia de discurso; lo mismo ocurre con *aquí, allí*, etc. Estos índices de lugar, de ostensión, sólo tienen existencia por la relación con la instancia presente de discurso.

El tiempo tiene una importancia considerable: sus formas se determinan con referencia al momento de la enunciación, al hablante, "centro de la enunciación". El "presente" coincide precisamente con el momento de la enunciación, y sólo el discurso puede hacer actual a *ahora*. En este sentido, Benveniste puede afirmar que "el presente es propiamente la fuente del tiempo". Esto se aplica también a *hoy, ayer, mañana*, etcétera.

En efecto, cuando el enunciador emplea *ayer, dentro de dos días*, etc., estos signos no tienen contenido más que por su relación con el punto de referencia que es el *ahora* de la enunciación. Si cambia este punto de referencia, hay que reajustar las expresiones temporales. Así, cuando el punto de referencia coincide con el momento de enunciación, se dirá:

(1) Ayer, *César cruzó el Rubicón;*

y si el punto de referencia está en el pasado, se dirá:

(2) La víspera *de su partida, César cruzó el Rubicón.*

Del mismo modo, a *César llega* mañana corresponde *César llegó* (o *llegará*) al día siguiente. Existe un sistema completo de correlaciones que ajustan así los deícticos a los puntos de referencia.

César está aquí/*César estaba* allí.

Igualmente si se trata de un lapso, de una duración.

Partirá dentro de tres días/*Partió* tres días más tarde (después).

Es así como el pasar a la *narración* obliga a reajustar las coordenadas espacio-temporales.[15]

En resumen, es necesario distinguir entidades que tienen en la lengua un estatus estable y pleno, y otras que son producidas por el aparato formal de la enunciación y no existen más que en el sistema de individuos creados por la enunciación, y en relación con el *aquí y ahora* del hablante. Es "un conjunto de signos vacíos" que son los mismos para todos los hablantes, pero que se cargan de un contenido único cada vez que se emplean. El lenguaje no es, pues, un bloque homogéneo, la *lengua*, sino que existe una "diferencia profunda entre el lenguaje como sistema de signos y el lenguaje asumido como ejercicio por el individuo".

15. Sobre este tema puede consultarse el muy completo artículo de J. Pinchon, "L'expression du temps", en *Langue Française* 21 (1974).

B) PROBLEMAS DE TIPOLOGÍA

El estudio de los fenómenos lingüísticos ligados a la enunciación constituye una vía de acceso privilegiada a una eventual tipología de los discursos.

Historia/discurso

Esta oposición, debida a los estudios de Émile Benveniste,[16] se origina en la comprobación de que las relaciones entre tiempos gramaticales tales como se las explica comúnmente no bastan para dar cuenta de la organización de las diversas formas temporales en el sistema verbal del francés moderno, y en particular de la oposición "passé simple/passé composé". Benveniste llega a la conclusión de que "los tiempos de un verbo francés no se emplean como miembros de un sistema único, sino que se distribuyen en *dos sistemas* distintos y complementarios",[17] disponibles para cada hablante, y que corresponden a "dos *planos de enunciación diferentes*": la *historia* y el *discurso*.

Para Benveniste, la oposición "passé simple/passé composé" no es verdaderamente de orden temporal. Los dos expresan, en efecto, el "pasado", y es por eso que muchos lingüistas tienen tendencia a ver en el "passé simple" una forma arcaica que iría siendo poco a poco remplazada por el "passé composé". Por el contrario, según Benveniste, estos dos tiempos no están realmente en concurrencia, en la medida que surgen de dos sistemas distintos de enunciación.

La enunciación "histórica", que corresponde esencialmente a la lengua escrita, narra los acontecimientos pasados, sin ninguna intervención del hablante en el relato. La "historia" no puede utilizar otra "persona" que la tercera, excluyendo todo lo que es propio del aparato formal del discurso.

En cuanto a los tiempos verbales, la historia no emplea más que tres:

el "passé simple" (llamado también *aoristo*),
el imperfecto,
el pluscuamperfecto.

Existe accesoriamente un futuro perifrástico que Benveniste denomina "prospectivo" (por ejemplo: "César *devait mourir* peu après" ["César había de morir poco después"]), y el "presente de definición", intemporal. Tomemos un ejemplo de George Sand:

"Quand le jour *fut venu* et que les bruits de la campagne l'*annoncèrent* à Germain, il *sortit* son visage de ses mains et *se leva*. Il *vit* que

16. *Problèmes de linguistique générale*, Gallimard, 1966, pp. 237 ss. [No figura en la edición en español (N. de la T.).]
17. *Ibidem*, p. 238.

la petite Marie n'*avait pas dormi* non plus, mais il ne *sut* rien lui dire pour marquer sa sollicitude" (*La Mare au Diable*).[18]

Todo pasa como si no hubiera narrador: "Aquí no habla nadie: los acontecimientos parecen contarse por sí mismos. El tiempo fundamental es el aoristo, que es el tiempo del acontecimiento fuera de la persona de un narrador".[19] Se comprende mejor el "impacto" discursivo que constituyen, por ejemplo, los *Comentarios* de César (en su traducción, al menos): "César incendió todas las aldeas y todas las edificaciones, cortó el trigo, y se retiró a la región de los ubios, etc.". Teniendo que relatar su conquista. César fija sus actos en lo intemporal, los arranca de su presente, de la contingencia; al negarse a escribir *yo*, sustrae su narración a cualquier toma de partido subjetiva. El *yo* autobiográfico del "discurso" se convierte en el *él* de la "historia": en el lugar de la figura discursiva del general que narra sus campañas, se coloca la del historiador imparcial.

A la inversa, el *discurso* cubre "todos los géneros en que alguien se dirige a alguien, se enuncia como hablante y organiza lo que dice en la categoría de la persona". El "discurso" puede ser tanto escrito como oral; el discurso puede ocupar en todo momento el lugar de la "historia", cuando el autor interviene o hace expresarse a un personaje (desde este punto de vista, el estilo indirecto aparece a menudo como un discurso citado en términos de acontecimientos y traspuesto en "historia"). El discurso emplea todas las personas del paradigma verbal: el *yo/tú* se opone aquí al *él*, mientras que en la "historia" el *él* no se opone a nada. En el discurso son posibles todos los tiempos verbales, salvo al aoristo: los tiempos esenciales del discurso son el presente, el futuro y el perfecto ("passé composé"); el imperfecto es común a los dos, "discurso" e "historia".

El perfecto no puede remplazar al aoristo sin cambios notables, pues "el perfecto establece un nexo viviente entre el acontecimiento pasado y el presente en que tiene lugar su evocación. Es el tiempo del que relata hechos como testigo, como participante".[19] Con el perfecto, el acontecimiento narrado se enlaza con nuestro presente: el presente del discurso es en efecto el punto de referencia temporal del perfecto, mientras que el punto de referencia temporal del aoristo es el acontecimiento narrado en sí mismo. El futuro también está excluido, pues es un presente proyectado al porvenir, "implica prescripción, obligación, certidumbre, que son modalidades subjetivas, no categorías históricas".[20] El *prospectivo* (*il allait régner* ["iba a reinar"], *il*

18. "Cuando *llegó* el día y los sonidos del campo se lo *anunciaron*, Germán *sacó* el rostro de entre las manos y *se levantó*. *Vio* que la pequeña María tampoco *había dormido*, pero no *supo* qué decirle para demostrar su solicitud" (N. de la T.).
19. E. Benveniste, *op. cit.*, p. 241.
19 bis. *Ibidem*, p. 244.
20. *Ibidem*, p. 245.

devait traverser ["había de cruzar"], etc.) es un seudofuturo que, en realidad, no indica más que una inminencia o una fatalidad.[21]

Quisiéramos señalar el interés de un estudio hecho sobre este tema, desde una óptica de análisis del discurso, y dirigido por D. Leeman.[22] Tomando como corpus el discurso de las biografías en un diccionario enciclopédico (el Larousse en diez volúmenes), el equipo quiso saber a qué reglas obedecía la repartición entre "passé simple" y "passé composé" en un corpus tan homogéneo. Los autores buscaron entonces una hipótesis que permitiera explicar la distribución PC/PS. Partiendo de la idea de que el PC implicaba un nexo con el presente, se preguntaron si las biografías de personajes contemporáneos se opondrían a las de personajes alejados en el tiempo por medio de la distinción PC/PS. Se demostró que esta hipótesis era insostenible, así como la que relacionaba el empleo del PS con el alejamiento en el espacio o la que asociaba el PS a los hombres de ciencia y el PC a los artistas. La distinción PS/PC no correspondía tampoco a la oposición vida/obra del biografiado. Los autores elaboraron entonces la hipótesis siguiente:

"La utilización de los tiempos es para los autores del diccionario un medio de modalizar la información, cuando la dan, y de crear en el lector una adhesión o un rechazo inconscientes, cuando no la dan. Esta modalización no se hace por azar:

1. Se relaciona con la posición política del personaje descripto.
2. Rechaza hacia un pasado recortado del presente (el PS) lo que es progresista, y actualiza en cambio todo lo que es de derecha." [23]

El trabajo abarca, en el Larousse, desde la letra A hasta la L (solo hay pocos contraejemplos, de personajes muertos hace mucho tiempo). Así, cuando la opción política de un personaje de izquierda no está dada explícitamente, el empleo de los tiempos permite un rechazo inconsciente. "Esto no significa que los autores del diccionario se hayan puesto de acuerdo, ni que hayan utilizado conscientemente tal tiempo para tal información y tal otro tiempo para tal otra información. Pero han aprendido su gramática, han tomado nota de un cierto número de fenómenos gramaticales (incluida esta característica que opone PS y PC) que ellos utilizan espontánea e inconscientemente."

Esta investigación reciente parece mostrar que una posibilidad inscripta en la estructura de la lengua —el doble sistema temporal ligado a dos niveles de enunciación distintos— puede ser utilizada por tal o cual tipo de discurso con fines que le son propios. Ello no quiere decir que este uso de la oposición PS/PC sea pertinente fuera del género de la biografía de esta enciclopedia, o que no haya

21. H. Weinrich en *Tempus* (trad. esp.: *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, Madrid. Gredos, 1975), considera también la existencia de dos grupos de tiempos verbales que llama "tiempos del comentario" y "tiempos de la narración", pero no acepta ni las dobles funciones ni las restricciones combinatorias de Benveniste, que comprometen, según él, la aplicación de la teoría a otras lenguas. En español, la oposición pretérito perfecto/pretérito indefinido correspondería a la oposición comentario/narración (N. de la T.).

22. Se trata de un trabajo colectivo realizado por un grupo de estudiantes bajo la responsabilidad de D. Leeman durante el primer semestre del año lectivo 1973-1974, en la Universidad de París X.

23. Mimeografiado. Nanterre, 1974.

otros medios de inducir a posibles rechazos inconscientes. Simplemente se ve aquí cómo un fenómeno de enunciación puede funcionar dentro de una estructura discursiva determinada.

Más allá de los trabajos de Benveniste sobre los tiempos del pasado, es bien sabido que los tiempos verbales constituyen un dominio muy fecundo para el estudio de textos. Los gramáticos tradicionales se interesaban mucho por ellos, pero en un marco casi exclusivamente literario y con un impresionismo que hacía que sus resultados no fueran aprovechables. Los tiempos de los verbos no son solamente elecciones operadas en último término, una vez que la sintaxis y el sentido han sido puestos en su lugar, sino que intervienen en toda la trama del discurso. La única manera de aclarar este problema fundamental consiste en poner en relación las personas del verbo, las modalidades (v. *infra*), los aspectos, en el marco de una teoría de los tipos de discursos.

Consideremos por ejemplo un problema extremadamente limitado, un detalle: la oposición entre *mourut* ["murió"] y *mourait* ["moría"] (o *naquit* ["nació"] y *naissait* ["nacía"]). La *Gramática del francés* de Wagner y Pinchon ve en este imperfecto, tiempo de la duración utilizado aquí con un verbo perfectivo, solamente la idea de que "el hecho evocado no ha agotado toda su importancia". De hecho, no es posible disociar estos tiempos del orden de los constituyentes: el orden obligatorio para el imperfecto es (fecha + verbo + sujeto). Además, la fecha se divide la mayoría de las veces en (*Il y a*... + fecha), pudiendo invertirse los dos elementos. Así, en el diario *Le Monde* (3 de abril de 1975): "Il y a un an, le 2 avril 1974, mourait G. Pompidou" ["Hace un año, el 2 de abril de 1974, moría Georges Pompidou"]. En cambio, el "passé simple" (o el perfecto) impone el orden (sujeto + verbo + fecha). Se trata de un tiempo verbal por otro, de un cambio de "tema" (v. *infra*): si la fecha y el verbo preceden al sujeto, es que el acontecimiento es el tema de la frase o, más precisamente, la coincidencia de la fecha de ese acontecimiento con la fecha de la enunciación; de allí el uso del imperfecto como tiempo del pasado que actualiza. En el enunciado "G. Pompidou mourut (es mort) le 2 avril 1974" ["Georges Pompidou murió el 2 de abril de 1974"], el tema es Georges Pompidou, caracterizado por un predicado (la muerte). En realidad, se trata de *dos tipos de discursos diferentes*: un discurso "conmemorativo", que apunta a superponer presente de enunciación y hecho pasado para actualizar a este último, y un discurso biográfico, donde el personaje está afectado por un conjunto de predicados estables (nacimiento, obras, muerte) que encierran su existencia, que están todos subordinados a esta figura sintética.

Las "funciones del lenguaje" según Roman Jakobson

Aquí conviene hacer referencia a los trabajos de Roman Jakobson sobre las diferentes funciones del lenguaje, ya que su modelo ha conocido una enorme difusión y presenta de hecho un interés para el análisis del discurso, a pesar de que su aprovechamiento plantea problemas serios.

La teoría de las "funciones" del lenguaje no se inscribe explícitamente en el marco de una reflexión sobre la enunciación, todavía muy poco desarrollada en la época en que aquella fue formulada, pero sobrepasa ya el marco estructuralista. Jakobson pone en tela de juicio la idea de que la función referencial, que apunta a trasmitir informaciones, deba ser considerada como la función única, o aun esencial, de la lengua, y desarrolla, en consecnuencia, la idea de que "para toda comunidad lingüística, para todo sujeto hablante, existe una unidad de la lengua, pero ese código global presenta un sistema de subcódigos en comunicación recíproca: cada lengua abarca varios sistemas simultáneos, cada uno de los cuales está caracterizado por una función diferente".[24]

El lenguaje no tiene, pues, por única "función" la de comunicar informaciones, y debe ser estudiado en toda la variedad de sus funciones, que son seis y están relacionadas con los factores constitutivos de todo proceso lingüístico:

Contexto
Destinador — — — — — — Mensaje — — — — — — Destinatario
Canal
Código

Todo proceso lingüístico supone, en efecto, un hablante y un receptor, un mensaje, un contacto (un canal físico y sicológico) entre hablante (emisor) y destinatario (receptor) y, finalmente, un código común a los dos protagonistas, así como un contexto comprensible para el destinatario.

- La *función expresiva*, o *emotiva*, "centrada en el emisor (la primera persona), apunta a una expresión directa de la actitud del sujeto respecto de aquello de lo que habla": cubre todos los medios expresivos.
- La *función conativa* se centra en el receptor (la segunda persona): las realizaciones más manifiestas son el imperativo y el vocativo.
- La *función referencial*, o *denotativa*, o *cognitiva*, se orienta hacia el contexto (la tercera persona; no-persona, según Benveniste): tiene por dominio la información vehiculizada por el mensaje, su valor propiamente referencial.
- Hay *función fática* cuando el mensaje apunta a establecer, prolongar o romper la comunicación, verificar si el canal funciona, llamar la atención del receptor: puede manifestarse tanto por *¡hola!*, *¿me oye?*, etc., como por intercambios rituales acerca del tiempo, que solo sirven para asegurar un contacto.
- La *función metalingüística* centra el mensaje en el código mismo; por ejemplo, una pregunta sobre el sentido de una palabra empleada por el emisor y desconocida para el receptor.
- En cuanto a la *función poética*, es "el acento puesto en el mensaje en sí mismo [...]. Esta función, que pone en evidencia el lado palpable de los signos, profundiza por eso mismo la dicotomía fundamental de los signos y los objetos".[25]

El punto esencial es el siguiente: no existe prácticamente mensaje con una sola función (la de trasmitir información, particularmente): la diversidad de los mensajes viene de las diferencias de jerarquías entre estas funciones. Así puede esbozarse un embrión de tipología de los discursos. Por ejemplo, la poesía épica y la poesía lírica se caracterizan por el predominio de la función poética, pero mientras que "la poesía épica, centrada en la tercera persona, hace participar en gran medida a la función referencial, la poesía lírica, orientada hacia la primera persona, está íntimamente ligada a la función emotiva".[26]

Dificultades relacionadas con este modelo

Este modelo, muy atractivo, ha sido fecundo esencialmente en el dominio de la poética, que Jakobson ha desarrollado ampliamente en sus análisis concretos. Es el concepto saussureano de "habla" el que es indirectamente retocado por Jakobson: los subcódigos en cuestión no surgen de lo individual, de lo accesorio, sino que poseen un estatus lingüístico, ligado a la enunciación, a la inscripción del sujeto hablante dentro del marco global de la comunicación. Desgraciadamente, un modelo semejante está lejos de ser fácilmente aprovechable, en la medida en que sigue siendo abstracto: ¿cómo considerar la interrelación de estas múltiples funciones en un mensaje?, ¿cuántas funciones pueden operar simultáneamente?, etc. Esto dificulta la utilización de un modelo que, por lo demás, tiene el inmenso mérito de intentar concebir el lenguaje en toda su complejidad.

Desde el punto de vista del análisis del discurso, P. Kuentz, por ejemplo, ha expresado grandes reservas sobre el valor del aporte de Jakobson. Según él, estas

24. *Essais de linguistique générale* (Colección "Points"), Capítulo 11, p. 210.

25. *Ibidem*, p. 218.
26. *Ibidem*, p. 219.

funciones arrastran dos presupuestos fundamentales del modelo tradicional del "texto":[27]

1. Supone la existencia de un nivel central del enunciado, al cual se agregan niveles secundarios accesorios; un modelo semejante no puede, por lo tanto, "dar cuenta del funcionamiento desnivelado de los sistemas discursivos que constituyen el enunciado".
2. Mantiene la supremacía de un emisor, variante del sujeto creador, del "autor" de la crítica tradicional. El esquema de la comunicación se lee, además, necesariamente de izquierda a derecha, a partir de un emisor "que, atravesando un código al cual él es preexistente, se dirige a un destinatario que «escucha» su mensaje. La relación que está supuesta aquí es la que va del autor al lector, no la relación dialéctica que, a partir de la práctica lingüística, instaura a sus actantes a través del trabajo del lenguaje".[28]

Es lamentablemente cierto que los embriones de tipología resultan insuficientes en la medida en que no hay teoría de la articulación de las estructuras de la enunciación con las condiciones de producción de los discursos. Habría que hacer intervenir al hablante y al receptor, pero también a su estatus y asimismo el de sus discursos y el de la situación de enunciación (apoyándose en una teoría de las ideologías). Es vano esperar que pueda constituirse el sistema formal de las estructuras discursivas posibles sin salir del campo estricto de una lingüística formal.

27. *Langue Française* 15, p. 26.
28. *Ibidem.*

2. LAS MODALIDADES

Penetramos en uno de los dominios menos estables, uno de los más confusos también, de la teoría de la enunciación; lamentablemente, el análisis del discurso está obligado a recurrir a él constantemente. Aquí nuestras ambiciones serán todavía extremadamente modestas, y apuntarán sólo a presentar algunos elementos necesarios para un planteo del problema. Los términos *modalidades, modal, modalizador, modalización* están cargados de interpretaciones, son reclamados por distintas disciplinas, y remiten a realidades lingüísticas variadas.

Son términos tomados de la lógica, y la gramática tradicional hace de ellos un uso tan abundante como poco riguroso (categoría verbal del "modo", actitud del hablante con respecto a su enunciado, matices del pensamiento, etc.).

Es en Charles Bally, precursor indirecto de la teoría de la enunciación, donde se encuentra un empleo sistemático de esta noción. La modalidad es definida por él como "la forma lingüística de un juicio intelectual, de un juicio afectivo o de una voluntad que un sujeto pensante enuncia a propósito de una percepción o de una representación de su espíritu".[29] En cada frase hay dos elementos que deben ser distinguidos: el *dictum* y la *modalidad*. El *dictum* corresponde al contenido representado —intelectual—, a la función de comunicación de la lengua, mientras que la *modalidad* remite a la operación síquica que tiene por objeto al dictum. La relación entre modalidad y dictum no es constante, pero sigue una escala, de lo implícito a lo explícito. Así, el dictum puede ser realizado por un verbo modal con sujeto modal explícito:

Yo creo que está allí { *yo* = sujeto modal; *creer* = verbo modal,

o sin sujeto modal: *Es preciso que se vaya,*
con un adverbio modal: *Llegará probablemente,*
con un modo gramatical (el imperativo): *Quiero que te vayas: ¡vete!*, etc.

Bally da un ejemplo significativo de escala, que va desde lo explícito hasta lo sintético (la modalidad incorporada al dictum). Así, en los enunciados siguientes el dictum es constante:

a) *quiero que usted salga;* b) *le ordeno salir;* c) *es preciso que usted salga;* d) *usted debe salir;* e) *salga;* f) *¡afuera!;* g) *¡ust!;* h) mímica; i) expulsión física.

Charles Bally piensa que la modalidad está siempre presente, la mayoría de las veces incorporada: así, *llueve* comrresponde en realidad a (*yo compruebo que*) *llueve.*

29. Ch. Bally, "Syntaxe de la modalité explicite", *Cahiers Ferdinand de Saussure* (1942), p. 3.

Dentro de los límites de este trabajo no podemos ocuparnos de los medios que han propuesto los gramáticos generativistas para integrar a la teoría generativa los elementos lingüísticos que corresponden a las modalidades: nos contentaremos con algunas aclaraciones terminológicas. Según André Meunier, que se inspira en M. A. K. Halliday,[30] se pueden distinguir en particular dos grandes clases: las *modalidades de enunciación* y las *modalidades de enunciado*, a las que se agregan las *modalidades de mensaje*.

Las modalidades de enunciación

La *modalidad de enunciación* corresponde a una relación interpersonal, social, y exige en consecuencia una relación entre los protagonistas de la comunicación. Una frase no puede recibir más que una modalidad de enunciación —obligatoria—, que puede ser declarativa, interrogativa, imperativa, exclamativa, y que especifica el tipo de comunicación entre el hablante y el(los) oyente(s) (Jean Dubois y F. Dubois-Charlier no hablan de "modalidades de enunciación" sino de "constituyentes de frase", con una definición muy semejante). Consideremos, por ejemplo, las frases:

Estoy seguro de que Francia es afortunada.
Estoy afligido de que Francia sea afortunada.

La "modalidad de enunciación" es la misma (declarativa), pero la "modalidad de enunciado" (v. *infra*) es diferente. Además, el sujeto modal de los verbos modales y el sujeto de enunciación coinciden (*yo*). Por el contrario, en una frase como:

León está seguro de que Francia es afortunada,

el sujeto modal (*León*) es diferente del sujeto de enunciación (el *yo* que declara).

La modalidad de enunciación puede desembocar en una teoría de los "actos de lenguaje" (v. *infra*), aprovechable para el análisis del discurso. Oswald Ducrot hace notar precisamente que el acto de ordenar implica cierta relación jerárquica; asimismo, el derecho de interrogar no se adjudica a cualquiera, y remite a un tipo particular de relación social. El mismo autor señala que el hecho de hacer una pregunta obliga al receptor a continuar el discurso, a responder. En otras palabras, por la vía de las modalidades de enunciación se contribuiría a construir esta teoría de las "*relaciones interhumanas*, de las que la lengua ofrece no solamente la ocasión y el medio sino también el marco institucional, la regla".[31]

30. "Modalités et communicaton", en *Langue Française* 21.
31. *Dire et ne pas dire*, Hermann, 1972, p. 4.

Modalidades de enunciado

Las *modalidades de enunciado* son una categoría lingüística mucho menos evidente; no se apoyan en la relación hablante/oyente, sino que caracterizan la manera en que el hablante sitúa el enunciado en relación con la verdad, la falsedad, la probabilidad, la certidumbre, la verosimilitud, etc. (*modalidades lógicas*), o en relación con juicios apreciativos: lo feliz, lo triste, lo útil, etc. (*modalidades apreciativas*). Así, en: *Es posible que venga Pablo, es posible* constituye la modalidad lógica, sintácticamente distinta, aquí, de la "proposición básica" (*Pablo venir*). En cambio, en *Pablo está seguramente allí*, la modalidad lógica se manifiesta sintácticamente por un adverbio (*seguramente*).

Lo mismo vale para la modalidad apreciativa: se puede distinguir, por ejemplo, entre *Es una suerte que Pablo esté allí* y *Afortunadamente Pablo está allí*.

En la medida en que una lengua no es de ningún modo un lenguaje lógico, la manera como las modalidades de enunciado se incorporan a la proposición básica no deja de tener efecto sobre su significación. Como siempre que se compara lógica y lenguaje, es sorprendente la diversidad de recursos de la lengua: así, para la modalidad de lo posible, nos encontramos con estructuras de frases muy variadas, que llegan a hacer dudar de la homogeneidad lingüística de esta modalidad:

a) *Es posible que partamos.*
b) *No es imposible que partamos.*
c) *Puede que partamos.*
d) *Quizá partamos.*
e) *Puede ser que partamos.*
f) *Nuestra partida es posible.*
g) *Nuestra partida no es imposible.*
h) *Podemos partir.*[32]

La equivalencia semántica de estas frases presenta dificultades: a) y b), f) y g), respectivamente, difieren sutilmente, mientras que f) y d) son netamente distintas. Según Ducrot, los tipos f) y d) corresponden a actitudes distintas en el enunciador: f) afirma una posibilidad, mientras que en d) el hablante "toma una cierta actitud, que no es ni afirmación ni rechazo, ante el acontecimiento considerado [...]. La posibilidad es afirmada por f) y representada por d)".[33] Ve aquí

32. Señalemos que la modalidad lógica puede estar implícita, ligada a los determinantes, a los tiempos verbales, etc. Así, en *Tes père et mère honoreras* ["Honrarás a tu padre y a tu madre"], la modalidad de obligación está presente, ligada a la estructura de la máxima y al futuro. También puede haber ambigüedades: *Estos vidrios se limpian* puede ser interpretado como una posibilidad (*pueden limpiarse*) o una necesidad (*deben limpiarse*).
33. *Op. cit.*, pp. 66-67.

una diferencia análoga a la que opone *estoy triste* (afirmado) y *¡ay!* (representado). tanto síntoma como expresión del dolor.

Tales diferencias son importantes en una perspectiva de análisis del discurso, teniendo en cuenta la relación que existe entre enunciador y enunciado.

Además, la lengua no presenta un sistema evidente y simple de modalidades lógicas: *seguramente* tiende más bien a la probabilidad que a la certidumbre; ¿qué decir de *ciertamente, sin duda*, etc.? No puede decirse que *ciertamente* y *seguramente* sean el correlato exacto de *cierto* y *seguro*. No hay más que evocar la complejidad de los verbos llamados "modales" (*poder, deber*) para comprender cuántas dificultades provoca la noción de modalidad de enunciado. En cuanto a las modalidades apreciativas, circunscribirlas o clasificarlas constituye una tarea altamente problemática; es difícil, por ejemplo, identificar:

a) *Es una suerte que León se vaya.*
b) *León se va, ¡por suerte!*

Modalidades de mensaje

Abordamos aquí una cuestión muy delicada, puesto que se trata, de hecho, del valor modalizador de ciertas trasformaciones sintácticas. Estas tienen un papel muy importante por cierto, pero bastante oscuro por el momento. Nos limitaremos a hacer algunas referencias carentes de todo formalismo.

En este punto, hay que rechazar dos actitudes extremas: creer que a cada trasformación (por ejemplo, la pasivación o la nominalización) corresponde una incidencia semántica sobre la oración que sea constante, unívoca o, inversamente, pretender que no se puede asignar *a priori* ninguna significación fuera de contextos discursivos determinados. En el primer caso, se correría el riesgo de caer en una especie de "clave de las trasformaciones" comparable a la "clave de los sueños"; en el segundo, se estarían negando las restricciones que impone la lengua. Será preferible sostener que hay una predisposición de tal trasformación o de tal tipo para tal incidencia semántica, pero que esa predisposición puede tanto ejercerse plenamente como ser neutralizada, desplazada, o incluso invertida en el funcionamiento efectivo o tipo de discurso.

Vamos a considerar aquí, y muy superficialmente, solo dos cuestiones: ubicación del "tema", importancia del "agente".

El lingüista inglés M. A. K. Halliday,[34] siguiendo a muchos otros, insiste en la existencia de dos componentes en la oración: el *tema* y el *rema*. El tema es, en cierto sentido, el "sujeto sicológico, es decir el elemento al cual se engancha el resto de la oración, el elemento esencial, destacado generalmente por su posición inicial. En la mayoría

34. Ver "Notes on transitivity and theme" (*Journal of Linguistics*), III-1, III-2, IV-2 (1967-68).

de los casos, el tema coincide con el sujeto gramatical, y el rema, con lo que se dice de él" (se habla también de *tópico* y *comentario*).

El león/devora al ratón.	
tema	rema
(*tópico*)	(*comentario*)

Diversas trasformaciones permiten poner en posición de tema a tal o cual constituyente de la oración.

— Desplazamiento a la posición inicial	*Brusquement* (tema), *l'auto disparut* (rema) ["Repentinamente, el auto desapareció"].[35]
	A Paris (tema), *il a été fait prisonnier* (rema) ["En París, fue hecho prisionero"].

— Realce por medio de *c'est* ["es que"]: *C'est Pierre que León aime* ["Es a Pedro a quien ama León"]. Según J. y F. Dubois,[36] esta oración, que se distingue de la oración enfática (v. *infra*), proviene del encaje de:

León aime quelqu'n ["León ama a alguien"].
Ce quelq'un est Pierre ["Ese alguien es Pedro"].

Esta trasformación puede operar sobre diversos constituyentes: *C'est hier que j'ai vu Léon* ["fue ayer que vi a León"], *c'est moi qui ai vu Léon* ["fui yo que vi a León"], *c'est Léon que j'ai vu* ["fue León a quien vi"], etc.

— El énfasis, que se acompaña de una pronominalización y de una dislocación. La trasformación puede operar sobre

- el sujeto:
  Pierre, il *aime Léon* ["Pedro, ama a León] (familiar)
- el objeto directo:
  Paul *Léon* **l'***aime* ["A Pablo, León lo ama"]
- el objeto indirecto:
  A Paul, *je le* **lui** *ai dit* ["A Pablo, yo se lo he dicho"]
  (variante = *j'y ai dit*)
  L'argent, *je m'***en** *moque* ["La plata, me río de ella"]
- un grupo preposicional:
  Paris, *j'y suis resté deux jours* ["En París, allí me quedé dos días"]. etc.

35. La traducción de estos ejemplos no significa que exista una equivalencia exacta entre el francés y el español (N. de la T.).
36. *Eléments de linguistique française*, Larousse, 1970, p. 184.

La lengua familiar emplea también una dislocación hacia atrás:

Je l'ai vu, Léon ["Yo lo vi, a León"].
Je le lui *ait dit*, à Paul ["Yo le dije, a Pablo"]. Etc.

La ubicación del tema es evidentemente indisociable del contexto, que es el único que la justifica o no para tal o cual elemento de la oración.

La trasformación pasiva está ligada directamente al problema del tema; en efecto, de ella resulta la colocación del objeto directo en posición inicial y, consecuentemente, su conversión en tema:

Marie / embrasse Léon ⇒ *Léon / est embrassé par Marie.*[37]
tema rema tema rema

La pasivación plantea sin embargo problemas específicos, relacionados particularmente con el "agente" del proceso. Obsérvese que la pasivación ofrece dos posibilidades: hacer desaparecer el agente o destacarlo por medio de una preposición.

La supresión del agente presenta grandes facilidades, pero puede deberse a múltiples causas (el agente es perfectamente conocido, o desconocido, no se lo quiere mencionar, etc.); inversamente, la pasivación pude servir para destacar el agente, sobre el cual se cristaliza lo esencial de la información que proporciona la oración: *Estos logros han sido cumplidos por el pueblo* (sobrentendido: *y no por tal otro agente*). La pasiva con agente es, pues, muy diferente de la pasiva incompleta.

Según Jean Dubois,[38] existen igualmente factores sintácticos que favorecen la pasivación: por una parte, el contexto, para evitar ciertas ambigüedades, y por otra, el carácter animado del sujeto de la oración transitiva. En el primer caso, por ejemplo, en lugar de decir: *La producción automotriz crece en Francia. Pero los excesos de la industria pueden debilitar su impulso*, se dirá *pero su impulso puede ser debilitado*..., para acercar *su* a *producción*. En el segundo caso, habría una tendencia a restablecer el orden animado → inanimado cuando, en la transitiva, el sujeto es un no-animado y el objeto un animado, y no hay un determinante que remita a un elemento precedente del enunciado: El *granero fue destruido por* un *transeúnte*, pero Un *transeunte fue atropellado por* un *auto*.

Consideremos, por ejemplo, estas tres oraciones:

(*1*) *Este país se gobierna bien.*
(*2*) *Este país es bien gobernado.*
(*3*) *León gobierna bien este país.*[39]

El tipo (*1*) ha sido abundantemente estudiado, y desde hace

37. "María/abraza a León" ⇒ "León/es abrazado por María" (N. de la T.).
38. *Grammaire structurale: le verbe*, Larousse, Capítulo V
39. Para Halliday, *op. cit.*

mucho tiempo (en relación con los problemas de modalidad y de transitividad). El tipo (2) es una pasiva incompleta, y (3), una transitiva directa con "agente" en posición inicial. En los tres casos hay un agente, implícito (*1*), semiimplícito (2), explícito (3). Para Halliday, (*1*) es una construcción de tipo "orientado hacia el proceso": en efecto, la oración deja entender que el país se gobierna bien en virtud de una cualidad que posee él en sí mismo, sea cual sea el agente que se encargue de él; en cambio (3) es del tipo "orientado hacia el agente", en el sentido de que es la acción de ese agente la que está en el origen de esa buena administración. El tipo (2), la pasiva, estaría también orientado hacia el agente, pero mucho más discretamente.

Finalmente, para dejar el problema de las trasformaciones y ocuparnos del "agente", comparemos estas dos oraciones tomadas de N. Ruwet, a quien seguimos en este punto:[40]

(*1*) *Jean-Baptiste a fait plonger Jésus dans l'eau* ["Juan el Bautista hizo sumergirse a Jesús en el agua"].
(2) *Jean-Baptiste a plongé Jésus dans l'eau* ["Juan el Bautista sumergió a Jesús en el agua"].

En los dos casos, *Jean-Baptiste* es agente; la diferencia entre (*1*) (causativo) y (2) (transitivo) está relacionada, según Ruwet, con la noción de "conexión directa/indirecta". En la conexión directa, "la acción expresada por el verbo es concebida como un proceso global, unitario, particularmente desde el punto de vista temporal";[41] en cambio, en (*1*), *Jean-Baptiste* ha podido actuar por persuasión, indirectamente... En (2), conexión directa, el objeto directo es interpretado como objeto inerte, pasivo, y no como agente autónomo. Así, se dirá: (3) *J'ai rentré l'auto au garage* ["He entrado el auto en el garaje"] y no (*4*) ° *J'ai rentré les invités au salon* ["He entrado los invitados en el salón"].

La oración: *Jo a sorti Jim du bar* ["Jo sacó a Jim del bar"] supone una acción directa sobre un Jim convertido en objeto, caso diferente de: *Jo a fait sortir Jim du bar* ["Jo hizo salir a Jim del bar"].[42] Esto explicaría giros periodísticos como: *Le ministre a démissionné son secrétaire d'Etat* ["El ministro ha renunciado a su secretario de Estado"], que supone una coerción directa, o como: *La police a suicidé Stavisky* ["La policía ha suicidado a Stavisky"].[43]

40. *Théorie syntaxique du français*, Seuil, 1972, pp. 126-180.
41. *Ibidem*, p. 152.
42. En español, verbos como *entrar* o *pasar* se comportan de modo semejante: puede decirse *entró el auto en el garaje* y no °*entré a los invitados en la sala*, pero sí *entré al nene porque hacía frío* o *entró a Juan por la fuerza*, donde *el nene* y *Juan* se enterpretan como objetos pasivos; de la misma manera, *pasé la mesa de la sala al comedor* o *pasé a mi secretaria a otra sección*, pero no °*pasé a los invitados de la sala al comedor*. Cf. *hice entrar a los amiguitos de mi hijo* o *me hizo pasar amablemente* (N. de la T.).
43. N. Ruwet, *op. cit.*, p. 155.

Ruwet emite así la hipótesis de que existiría una jerarquía de las construcciones en función de este criterio de la conexión directa, que dejaría más o menos valor "agentivo" independiente a la segunda FN. La distancia sería mínima, y la conexión, inmediata en FN_1 VFN_2 (*Jo sort Jim*). FN_1 *faire* FN_2 (*Jo fait sortir Jim*) tendría una posición intermedia. Pero FN *faire que* [$_sFN_2$ VX] (*Paul a fait que Pierre est parti* ["Pablo hizo que Pedro se fuera"]) o FN_1 *faire en sorte que* [$_sVFN_2X$] (*Paul a fait en sorte que Pierre est parti* ["Pablo logró que Pedro se fuera"]) estarían ligados con una conexión muy indirecta. ¿Cuál es la relación entre el número de nudos del árbol que separan a FN_1 de FN_2 y la autonomía de FN_2?

Todos estos problemas son de una complejidad aterradora, pero el análisis del discurso haría evidentemente grandes progresos si estos fenómenos todavía muy oscuros encontraran su explicación en una teoría sintáctica coherente.

Blum y Thorez

Partiendo precisamente de la hipótesis de que las trasformaciones "modalizan" el enunciado, L. Courdesses,[44] por ejemplo, ha analizado comparativamente el proceso de enunciación en un discurso de Maurice Thorez y otro de Léon Blum, los dos de mayo de 1936, que versan sobre el mismo tema.

La oposición entre los discursos de los dos oradores le parece que corresponde a una oposición entre dos tipos de enunciaciones. Así:

• *Las negativas* son numerosas en Blum y raras en Thorez; en efecto, una negativa implica siempre un enunciado inverso expreso o implícito, es decir una relación dialéctica espacial o temporal con el otro:

— ya sea una negación de enunciado o de un estado,
— ya sea una restricción a un enunciado precedente del interlocutor o del hablante mismo (noción de tiempo),
— ya sea una contradicción a una opinión contraria dentro del grupo o fuera de él (noción de espacio).

La negativa establece una relación personal, polémica o afectiva o pasional, entre el sujeto hablante y "el otro". En el caso de Thorez, las negativas tienen en cambio un estatus muy diferente:

"12 negaciones absolutas de tipo didáctico;

3 negaciones de restricción: *ne pas . . . mais* ["no . . . sino"];

4 negaciones en el tiempo: *ne pas . . . plus longtemps* ["no . . . más"];

44. "Blum et Thorez en mai 1936: analyse d'énoncés", *Langue Française* 9. 1971.

3 negaciones modalizadas por un adverbio: *ne . . . nullement* ["no . . . de ningún modo"];

1 negación de exclusión: *ne . . . que* ["no más que"]."[45]

Es que el *yo* de Thorez es en realidad el *nosotros* del grupo: "Las negaciones no implican más que una referencia polémica, bastante rara por otra parte, con el exterior, ya sea la crítica al gobierno precedente, ya sea la respuesta a acusaciones [. . .]. En conjunto, da la impresión de que el Partido se sitúa bastante raramente en un plano de igualdad, y en consecuencia de contradicción posible con el mundo exterior".[46]

• *Las pasivas y las nominalizaciones*: la pasivación permite suprimir el agente de la acción. La pasiva puede luego ser nominalizada; en este caso, lo que se borra es no sólo el agente sino también el tiempo, el modo, la persona, el aspecto: la distancia entre el sujeto de enunciación y el enunciado se acrecienta, pues, como en un discurso didáctico.

Thorez usa 49 pasivas, de las cuales 31 son nominalizadas y 44 sin agente. En cambio, de las 20 pasivas de Blum, solo 3 son nominalizadas y 10 tienen agente: la diferencia cuantitativa es también una diferencia cualitativa.

Courdesses opone en los dos discursos estudiados "dos tipos de discursos bien definidos: un discurso político tradicional (el de Blum) [. . .] y un discurso didáctico (el de Thorez)".[47] Yendo más lejos, ve en ellos la oposición entre el Partido Socialista, "una adicción de individuos separados, distintos, cuyo jefe se afirma personalmente [. . .]. Blum utiliza el modelo sociocultural de la burguesía liberal: individualismo muy marcado, enunciados de una gran complejidad sintáctica . . .".[48] Por el contrario, "el Partido Comunista se afirma como un grupo homogéneo en el que los individuos no aparecen . . .". L. Guespin refuta esta interpretación; la diferencia entre los dos textos se debería a que los dos no han sido producidos en las mismas condiciones, siendo el de Léon Blum un discurso parlamentario y habiendo sido el de Maurice Thorez pronunciado ante una asamblea de militantes: "No hay que atribuir al sujeto de enunciación (el socialista Blum/el comunista Thorez) lo que se debe a otro aspecto de las condiciones de producción (enunciado contra enunciado en un caso, enunciado sobre enunciado en el otro)".[49]

Este diferendo es significativo: el análisis de los mecanismos enunciativos no puede pasar por alto la consideración de la articulación del discurso con las condiciones de producción. Y esto no es nada fácil. Mientras no exista la teoría de esa articulación, se podrá decir del análisis del discurso lo que se dice de las estadísticas: que pueden ser interpretadas de distintas maneras.

Un tipo de análisis semejante permite plantear algunas cuestiones

45. *Ibídem*, p. 26.
46. *Ibídem*, p. 27.
47. *Ibídem*, p. 32.
48. *Ibídem*, p. 33.
49. *Langages* 26, p. 16.

esenciales. ¿Puede cerrarse la lista de las trasformaciones que corresponden a una teoría de la enunciación? ¿Pueden estructurarse estas trasformaciones entre sí (como hace, por ejemplo, Courdesses para la pasivación y la nominalización)? ¿A cada trasformación pertinente para una teoría de la enunciación corresponde una interpretación unívoca (por ejemplo, que la nominalización marca un discurso didáctico)? ¿A qué criterios debe obedecer una interpretación de este tipo? ¿Qué valor exacto debe atribuirse a los cálculos frecuenciales en el estudio comparativo?

ALGUNOS CONCEPTOS PARA DAR CUENTA DEL PROCESO DE ENUNCIACIÓN

Quisiéramos ahora presentar algunos conceptos que caracterizan el proceso de enunciación tomado globalmente, y que tienen en cuenta el hecho de que, contrariamente al enunciado, la enunciación es continua. Estos conceptos, tomados de Jean Dubois, que se inspira en U. Weinreich, desembocan normalmente en una caracterización de los discursos y en una tipología muy amplia. Desde una perspectiva tal, "la constitución del enunciado es la constitución de un objeto cuyo contenido asume en mayor o menor medida el sujeto hablante, y respecto del cual se coloca como frente a cualquier objeto".[50]

La distancia

Este concepto permite examinar el proceso de enunciación desde el punto de vista de la actitud del hablante frente a su enunciado: el proceso será descripto como una distancia relativa que el sujeto pone entre él y su enunciado. Se considera que el interlocutor percibe en qué medida es asumido el enunciado, y traduce esta distancia. Si la distancia tiende a cero, el sujeto asume totalmente su enunciado, el *yo* del enunciado y el *yo* de la enunciación se identifican perfectamente. A la inversa, si la distancia es máxima, es que el sujeto considera su enunciado "como parte de un mundo distinto de sí mismo". En esto reside, como hemos visto, uno de los rasgos de la narración histórica. El *yo* de la enunciación se identifica entonces "con otros *yo* en el tiempo y en el espacio". Allí está lo propio del discurso didáctico, y el *yo* tiene tendencia a "convertirse en el *él* formal del enunciado".[51] Esto se opone al discurso autobiográfico, discurso del único ("es *mi* infancia lo que más *me* fascina... *yo* descubro en ella lo irreductible...").

Por desgracia, como observa lúcidamente Jean Dubois, "el hecho fundamental es que no existen medios privilegiados, clases de palabras particulares para significar esta distancia: una vez señalada tal estructura, inmediatamente después se descubre que tiene otra significación".[52] Los factores prosódicos (la entonación) constituyen a menudo, en el código oral, la mejor manera de expresar esta distancia, y la entonación es un flujo continuo.

50. *Langages* 13, p. 103.
51. *Ibidem*, p. 104.

La modalización

Ya hemos remitido a este concepto, tomado de Weinreich. Es un término muy general, puesto que se define como la marca dada por el sujeto a su enunciado. De hecho, es necesario precisar que se trata sobre todo de la adhesión del hablante a su propio discurso: adhesión muy subrayada o no, en disminución o no, etc. Es una curva continua que el interlocutor debe interpretar: ¿el hablante se adhiere o no a lo que dice? Esta adhesión se desplaza evidentemente por una escala continua, y varía a lo largo del discurso. Ciertos adverbios constituyen evidentemente modalizadores que se pueden detectar con facilidad (*quizá, evidentemente*, etc.). Pero la mayoría de las veces las cosas están lejos de ser tan claras, pues generalmente es la entonación la que sobrelleva lo esencial del peso de la modalización. Ya nos hemos referido a las modalidades lógicas y apreciativas, por un lado, y a las trasformaciones, por otro, que participan en esta modalización. Weinreich subraya igualmente la importancia de la interferencia de los niveles de lengua: elementos que provienen de la lengua familiar insertados en un discurso muy elevado (o viceversa) son inmediatamente interpretados en tal o cual sentido por el oyente. Weinreich insiste también en la cuestión de los enunciados referidos que rompen la homogeneidad del discurso (v. *infra*).

Los conceptos de transparencia y de opacidad

En el caso de la "trasparencia", la ambigüedad del texto se elimina totalmente por el traspaso del sujeto de enunciación del emisor al receptor. En otras palabras, el receptor se identifica con el sujeto de enunciación, que se borra, como si fuera el receptor mismo el que emitiera el discurso. Como ejemplos de trasparencia podrían mencionarse el libro escolar o los proverbios. A la inversa, la "opacidad" caracteriza en su punto más alto a la poesía lírica, ya que cada lector se convierte en sujeto de enunciación "para asumir un enunciado cuyas modalizaciones se le escapan".[53] En cierto sentido, puede decirse que para los dos extremos, discurso lírico y discurso pedagógico, el sujeto de la enunciación nunca puede señalarse netamente: en un caso, el discurso es ambiguo, y en el otro, el sujeto de enunciación es anónimo. Citemos, por ejemplo, la *trasparencia* de la máxima: "la amistad no es sino un comercio en el que siempre creemos ganar algo" (La Rochefoucauld).

52. *Ibidem*.
53. *Ibidem*, p. 106.

El concepto de tensión

Este concepto se refiere a la relación que se establece entre el hablante y su interlocutor, siendo el texto considerado como mediador de un deseo del hablante, una tentativa de apoderarse del oyente. ¿Cómo detectar una "tensión" semejante? Sobre todo por el estudio del verbo, particularmente de los tiempos, aspectos y modos. También es posible hacerlo atendiendo a los determinantes y a los pronombres. Conviene igualmente dar una gran importancia a *être* ["ser"] y *avoir* ["haber"], por un lado, y a los auxiliares modales, por otro: *vouloir* ["querer"], *pouvoir* ["poder"], *devoir* ["deber"]; en el primer caso (*être, avoir*), no hay tensión sino un estado, un efecto, mientras que en el otro, hay tensión, a cargo de un "hacer", de un no-efecto. Señalemos a propósito de esto que ciertos autores usan el término *performativo* para designar a los verbos con los que se intenta imponer un comportamiento determinado al auditorio, provocar una acción, y que usan el futuro, el imperativo, el subjuntivo o los modales del tipo *devoir* ["deber"], *falloir* ["haber que"]. Los textos políticos ofrecen innumerables ejemplos de discurso "tenso": "Il nous faut dès maintenant nous unir dans la lutte contre l'inflation et la dépréciation du franc. J'entends mobiliser l'énergie du pays... L'homme doit rester maître des conquêtes de la science... Nous pouvons tous ensemble affermir l'unité nationale...".[54]

Nótese que es el verbo $devoir_1$ ["deber" + infinitivo], que indica necesidad, el que es factor de tensión, y no el verbo $devoir_2$ ["deber de" + infinitivo], que indica probabilidad. No es indiferente comprobar que la realización de una forma de *devoir* se interpreta correctamente, en un sentido o en el otro, la mayoría de las veces gracias a fenómenos de enunciación. La asunción del enunciado por el hablante es máxima en $devoir_1$ y mínima en $devoir_2$; $devoir_1$ aparece generalmente con *je* ["yo"] y *tu* ["tú"], los cantificadores absolutos (*partout* ["en todas partes"], *tout* ["todo"], *toujours* ["siempre"], etc.), el futuro, los adverbios que indican una fecha precisa, etc.; en cambio, $devoir_2$ está ligado sobre todo a la no-persona, al aspecto perfectivo, a una reserva del hablante, etc. Comparemos, por ejemplo, las frases *tous les soldats devront partir le 20* ["todos los soldados deberán partir el 20"] y *je pense qu'il doit être arrivé* ["pienso que debe de haber llegado"]:[55] no hay ninguna dificultad para distinguir $devoir_1$ y $devoir_2$.

54. "*Tenemos que* unirnos desde ahora en la lucha contra la inflación y la depreciación del franco. Pretendo movilizar la energía del país... El hombre *debe* seguir siendo amo de las conquistas de la ciencia... Todos juntos *podemos* asegurar la unidad nacional..." (N. de la T.).

55. H. Huot ha hecho un estudio sistemático de este problema: *Le verbe "devoir"*, Klincksieck, 1974.

EL CARÁCTER NO UNITARIO DEL DISCURSO: ENUNCIADOS REFERIDOS E INTERFERENCIAS LÉXICAS

Hemos visto que U. Weinreich y J. Dubois atribuyen una gran importancia a los fenómenos de interferencia en el proceso de modalización. La interferencia léxica y los enunciados referidos tienen en común el hecho de romper la continuidad del discurso, de introducir desajustes, de abrir el discurso en otras direcciones. Es que un texto no es una unidad plena y homogénea, en relación con la cual los enunciados referidos o las interferencias debieran ser considerados como parásitos inoportunos: muy por el contrario, estos fenómenos constituyen una de las leyes del funcionamiento de todo discurso y son absolutamente indisociables de él.

Interferencias léxicas

Consideremos en primer lugar los fenómenos de "interferencia": pueden circunscribirse al léxico o abarcar unidades más amplias. La interferencia léxica aparece como una ruptura semántica en el hilo continuo del discurso. Las interferencias léxicas no deben dar la impresión de que las palabras intervienen en un discurso como unidades plenas que poseen una carga semántica fija dada de antemano. En realidad, el análisis del discurso debe apuntar a integrarlas en el funcionamiento de un texto y no contentarse con señalar al azar una sucesión desordenada de "efectos" de sentido.

Esos efectos no son perceptibles sino por contraste; se ha intentado clasificar esas interferencias agrupándolas en cuatro categorías principales.[56]

- *Las interferencias diacrónicas*: provienen de la presencia en un mismo discurso de palabras que pertenecen a estados de lengua diferentes; por ejemplo, una palabra del francés antiguo en un texto en lengua contemporánea.
- *Las interferencias diatópicas*: se deben a la coexistencia de palabras que no tienen la misma área de utilización, como *cabanon* (término meridional) por *maison* ["casa"]; los lexemas pertenecientes a lenguas extranjeras son un claro ejemplo de ellas.
- *Las interferencias diastráticas*: contraste entre lexemas de niveles de lengua diferentes.
- *Las interferencias diafásicas*: utilización de términos científicos, poéticos, etc., en otro tipo de discurso.

56. Siguiendo a D. Delas y J. Filliolet en *Linguistique et poétique*, Larousse, 1973, quienes a su vez se inspiran en L. Flydal, "Remarques sur certains rapports entre le style et l'état de langue" (*Norsk Tidsskrift for Sprong-videnskap* 16).

Como hemos dicho, nada impide generalizar esas interferencias a unidades más extensas, del orden de la construcción, de la oración, del enunciado. Los enunciados publicitarios, en particular, hacen mucho uso de estos procedimientos. Así se observa en este tipo de avisos de productos de maquillaje:

Lengua familiar: *Un maquillage, c'est comme la coiffure, ça peut être quelconque* ["Un maquillaje, es como el peinado, puede ser cualquiera"] . . .

Interferencia diafásica (lengua "poética"): *Tout n'est que demi-teinte et légèreté* ["Todo es media tinta y ligereza"].

Vuelta a la lengua familiar: *Avec René Garraud la mode est réussie: il y a forcément des raisons* ["Con René Garraud se alcanza la moda: hay forzosamente razones"]. . .

Lo importante es que el sentido de estas interferencias es extremadamente variable según el discurso de que se trate: connivencia con el receptor, necesidad de dar un estatus determinado al hablante, etc. Se trata, en todo caso, de un medio muy eficaz de modalización al cual el analista debe prestar mucha atención.

Un ejemplo simple aclarará el uso que puede hacerse de estas interferencias. El presidente de una muy importante cadena de supermercados, entrevistado por la revista *Jours de France* acerca de las oportunidades de promoción que su empresa ofrece a los jóvenes, intenta demostrar que en ella cuentan poco los diplomas y que los mejores puestos están reservados a los que tienen garra. Se advierte que sus frases están salpicadas de términos norteamericanos (*job, business-school*, etc.). En un primer nivel, se puede ver en ello un medio de "hacerse el joven", de acreditarse y de acreditar sus palabras ante los jóvenes (función fática). Esto remite a una ideología difusa que hace de los Estados Unidos el país de la distensión, de la juventud, etc. En un segundo nivel, se verá en el discurso el medio de inscribirse casi mágicamente en la ideología del "self-made man", abundante y explícitamente desarrollada en la entrevista. Un estudio más profundo muestra además, en un tercer nivel, que el texto está construido sobre esta referencia a los Estados Unidos: las palabras del empresario comienzan por el relato de la fundación de su primer supermercado, como consecuencia de una "revelación" que él habría tenido en el curso de un viaje que hizo casualmente a los Estados Unidos; por otra parte, sus palabras se cierran con la estadía de su hijo en aquel país y las experiencias enriquecedoras que tuvo en un viaje que realizó a los dieciocho años, antes de convertirse en uno de los ejecutivos de la empresa de su padre. Los Estados Unidos aparecen entonces como un lugar mítico de iniciación en la promoción capitalista. Estas interferencias léxicas iluminan, pues, diferentes niveles de funcionamiento del texto y, en particular, se inscriben en la ideología que lo sostiene.

Los enunciados referidos

Ya hemos aludido al concepto de "intertexto", introducido por J. Kristeva ("en el espacio de un texto, varios enunciados, tomados de otros textos, se cruzan y se neutralizan"). La reflexión contemporánea sobre el discurso ha impuesto efectivamente una concepción nueva de las relaciones entre el texto y su "exterior" textual: en lugar de ver en él el resultado de una elección libre por parte de una conciencia soberana, el texto (sea esto visible en la superficie o no) es considerado como el producto de un trabajo sobre textos anteriores o contemporáneos. Las relaciones intertextuales son variadas: plagio, parodia, polémica, comentario, imitación, etc., pero están atravesadas por el problema de la cita, llamada enunciado referido. En efecto, un discurso está lejos de presentarse como un conjunto homogéneo de enunciados que remiten a un sujeto único de enunciación: esta es una situación digna de tenerse en cuenta, pues sólo el hábito nos oculta hasta qué punto pueden ser complejas las relaciones entre estas diversas fuentes de enunciación.

El francés [57] dispone, gramaticalmente, de tres maneras de integrar un fragmento de discurso o un discurso en un primer discurso: el discurso directo, indirecto e indirecto libre.

– Discurso directo: *Pensaba en su padre, que decía: "Me gustan los dulces".*

– Discurso indirecto: *Pensaba que Juana le diría que ya no lo amaba.*

–Discurso indirecto libre: *Juan hablaba a media voz: ya tenía suficiente, eso no podía durar.*

La tercera forma, el discurso indirecto libre, bastante artificial, está prácticamente reservada a la literatura novelesca, de modo que, aunque es muy interesante, no nos ocuparemos de ella. La oposición directo/indirecto es muy neta: en un caso se trata de un "discurso" (en el sentido de Benveniste), mientras que en el otro hay subordinación de la segunda fuente de enunciación a la primera a través de un procedimiento de integración gramatical que confiere al enunciado referido las marcas del discurso que lo cita.

Estas marcas de subordinación conciernen esencialmente a los deícticos, los tiempos verbales, las personas (*yo* y *tú*). El discurso directo *Juan me dijo: "Estoy contento de irme de aquí mañana"* se convierte en el discurso indirecto *Juan me dijo* que estaba *contento de irse de* allí al día siguiente. La razón profunda de esta trasformación sintáctica proviene de la oposición irreductible entre las dos formas de citar. El discurso directo inserta una situación de comunicación en otra manteniéndole su independencia, es un discurso dentro de otro discurso, donde cada uno conserva sus propias marcas; el discurso directo reproduce palabras, las repite pura y simplemente.

57. Como el español emplea los mismos procedimientos, los ejemplos que siguen se dan directamente traducidos (N. de la T.).

Por el contrario, el discurso indirecto no mantiene estable más que el contenido del discurso citado: es una interpretación del discurso citado y no su reproducción; el discurso "citante" subordina todo a su "óptica", hay solo una fuente de enunciación. Diversos fenómenos lingüísticos ponen de manifiesto esta diferencia:[58]

— Por ejemplo, en un discurso indirecto no pueden citarse palabras en otra lengua: °*Il s'exclama que* [*exclamó que*] *madre mía, voy a morir*; en cambio, el discurso directo lo admite sin dificultad: *Il s'exclama: "madre mía, voy a morir"*.

— Asimismo, un enunciado como este es revelador: °*Me dijo: "Tengo suficiente", y sus palabras exactas fueron: "Estoy hasta acá"* (discurso directo). Pero en discurso indirecto: *Me dijo que tenía suficiente, y sus palabras exactas fueron: "Estoy hasta acá"*.

Es necesario, pues, tener conciencia de que el discurso directo y el indirecto se prestan a usos discursivos muy diferentes. El solo hecho de introducir el discurso directo "autentifica" los enunciados citados: de allí la ilusoria seguridad que provoca la verificación de la "exactitud" de las citas (como si el recortar el fragmento y ponerlo en un contexto le dejara su integridad profunda, como si fueran los "mismos" enunciados en dos discursos diferentes). Por su lado, el discurso indirecto es "indecidible" en este punto, ya que en él la enunciación se convierte en acontecimiento y, por ejemplo, un enunciado como *me decía que no era amante de la música* puede remitir tanto a una larga tirada como a *no soy amante de la música* o *a mí la música no me enloquece*, etc. En el discurso indirecto, la fidelidad es a nivel de la invariante semántica, y no es pertinente pretender encontrar las palabras exactas. El discurso directo tiene el privilegio de autentificar porque no da un equivalente semántico sino que restablece la situación de la comunicación (el sujeto de enunciación del discurso citante es libre de agregar todos los signos que le parezcan útiles para restablecer al máximo todos los elementos de esta situación de enunciación: tono, acento, etc.). No hace falta decir que se trata de un "efecto de realidad" ligado a las estructuras lingüísticas, y que ello no implica en absoluto que las palabras citadas en discurso directo sean más exactas.

Aquí nos hemos referido solo a casos "puros", ya que hay una cantidad de casos mixtos que podrían examinarse. El estudio de tipos de textos diferentes, y de textos de épocas diferentes, revela que, en función de la sincronía considerada y de una tipología de los discursos, las reglas que presiden la inserción de enunciados referidos varían considerablemente. Es así como en el siglo XVII se exigía mucho menos fidelidad a las citas que ahora. En tiempos más cercanos, en la prensa de la década del 20, según J.-B. Marcellesi, "ni aun el discurso presentado como directo lo es realmente".[59] Así, en un artículo sobre el Congreso de Tours, las palabras de Paul Faure:

> *MM. Millerand et Leygues veulent faire prononcer par les tribunaux la dissolution de la C.G.T. Une opération de ce genre est bien inutile. La classe ouvrière va se détruire elle-même.*[60]

se convierten, en el diario *Le Matin*, en:

> *Le gouvernement veut dissoudre la C.G.T. A quoi bon? Vous vous en chargez vous-mêmes.*[61]

Es innecesario decir que esta trasformación no es inocente, ya que en este caso, "el léxico prestado a los socialistas no puede ser un léxico extraño a los no socialistas".[62] Habría que hacer todo un estudio sobre la conversión de un discurso en enunciados referidos. La manera como un discurso recorta sus citas en los otros discursos es muy reveladora del funcionamiento de ese discurso: esta manera de recortar no es en absoluto la misma según el tipo de discurso. Es bien sabido que "separando los enunciados de su contexto" se hace decir a un discurso lo que uno quiere. De modo que, precisamente, ¿qué es lo que tal discurso quiere *hacer decir* a tal otro? ¿Qué significa "separar de su contexto"? Tocamos aquí un problema capital: citar es extraer un material que ya tiene su significado en un discurso para hacerlo funcionar en un nuevo sistema de significación. No es, pues, suficiente identificar el discurso del que ha sido extraída la cita o estudiar la trasformación que ha sufrido: es necesario además dar cuenta de su sentido, de su estatus, en la nueva estructura a la que se ha integrado.

Consideremos así la manera como el discurso citante asume al discurso citado: hay una "distancia" más o menos grande impuesta por el sujeto de enunciación del discurso citante. Por otra parte, no siempre es fácil saber qué es lo que el discurso citante agrega de su cosecha y qué es lo que cita. Marcellesi, al estudiar en los diarios que informan acerca del Congreso de Tours (1920) las marcas por medio de las cuales rechazan o asumen los enunciados de los oradores socialistas que citan, nota que un procedimiento tan simple como las comillas puede servir, por ejemplo, para rechazar determinada palabra porque es un neologismo o porque es un vocablo que el discurso citante no considera como suyo. El estudio de los elementos introductores es igualmente significativo: *X prétend que* ["X pretende que"] . . . , *Si l'on croit X* ["Si se cree a X"], *Aux dires de X* ["Al decir de X"], *Selon X* ["Según X"], *Selon l'avis de X* ["Según la opinión de X"],

58. Para un estudio detallado de esta cuestión, ver Ann Banfield, "Le style narratif et la grammaire du discours direct et indirect", *Change* 16-17, pp. 188 ss.

59. *Langages* 23, p. 43.

60. "Los señores Millerand y Leygues quieren hacer decretar por los tribunales la disolución de la CGT. Una operación de este tipo es totalmente inútil. La clase obrera va a destruirse por sí misma" (N. de la T.).

61. "El gobierno quiere disolver la CGT. ¿Para qué? De eso se encargan ustedes mismos" (N. de la T.).

62. J.-B. Marcellesi, *art. cit.*, p. 43.

D'après X ["Según X"], etc. Son todas marcas por las cuales el discurso citante introduce una distancia respecto del discurso citado: es evidente que estas marcas son frecuentemente superfluas, ya que la sintaxis debe bastar para separar los dos registros; el autor pretende, pues, reforzar esta separación de manera significativa. La distancia puede ser máxima (*X alla jusqu'à prétendre que* ["X llegó a pretender que"] . . ., *X osa dire que* ["X osó decir que"] . . .), mediana (*Si l'on en croit X* ["Si creemos a X"], etc.), débil (*Selon X* ["Según X"]) o nula. El distanciamiento puede muy bien lograrse con una sola palabra:

	distanciamiento por medio de:
X espère voir son prétendu *programme* . . . ["X espera ver su *pretendido* programa . . ."]	*prétendu*
X déclare que son "programme" . . . ["X declara que su «programa» . . ."]	las comillas.

Fenómenos de esta clase son muy significativos y permiten comparar los distintos discursos según lo que asumen o rechazan, y su manera de asumir o de rechazar; también según sus silencios (es decir, según lo que no quieren hacer aparecer en su discurso, ni siquiera bajo la forma de un rechazo).

Cuando se considera ahora la función de las citas, hay que tener en cuenta que estos enunciados referidos tienen estatus diferentes, en particular según el tipo de discurso. A título indicativo, podemos dar algunos ejemplos de estos estatus muy diversos:

— *La cita-prueba*: se introduce una cita en el curso de una argumentación, ya sea para refutar, para defender o para sostener un argumento. Estas citas pueden ser utilizadas en razón de su contenido o simplemente a causa de su autor. En este caso, se está ante una "cita-autoridad", en la que lo único que da peso al contenido intrínseco es la firma. Estas "autoridades" varían según el discurso de que se trata: una cita extraída de la Biblia en el discurso teológico cristiano, un pensamiento del general de Gaulle para un gaullista, etc.; la cita está allí solo porque proviene del corpus de los enunciados emitidos por determinada persona.

— *La cita-reliquia*: de la misma manera que, para consagrar una iglesia, se inserta en la piedra del altar la reliquia de un santo, también hay citas que no tienen otro estatus textual que el de encarnar un fragmento de "discurso verdadero", auténtico y, en consecuencia, de autentificar el discurso citante, de conferirle el sello fundador. Así, determinado ensayo literario estará salpicado de citas tomadas de la Antigüedad grecolatina, no para probar determinada cosa, sino para manifestar su pertenencia a una continuidad discursiva. El caso límite se alcanza cuando la cita no tiene firma, o ni siquiera fuente atribuible, y lo único que le da sentido es, por ejemplo, el hecho de emplear la lengua latina o griega. (Basta pensar en las citas de los *Ensayos* de Montaigne, cuyo origen no se ha podido precisar, y que no son tales más que por el hecho de estar escritas en latín.)

— *La cita-epígrafe*: determinada obra de lingüística, por ejemplo, se adorna con la cita de un lingüista. Todos estos epígrafes están destinados a ligar el discurso nuevo a un conjunto textual más vasto, a integrarlo en un conjunto de enunciados anteriores. Se trata de poner de manifiesto las grandes orientaciones que ha tomado el libro, de marcarlo, señalarlo como perteneciente a un conjunto definido de otros discursos.

— *La cita-cultura*: nuestra cultura incluye, como componente, un conjunto indeterminado de citas de "grandes autores", de hombres célebres o anónimos, muy manejables, que funcionan como signos de connivencia, signos de "cultura". Este tipo de citas está muy cercano a la cita-reliquia, pero, según la formulación de Jakobson, podría decirse que predomina en ellas la "función fática". Este conjunto de enunciados disponibles varía según las comunidades de que se trate, y unos pocos acceden a una especie de perennidad (*El que piensa bien se expresa con claridad; Después de mí, el diluvio*, etc.). Estas citas no son inocentes: su función fática es esencialmente la búsqueda de una connivencia en la medida en que provocan una adhesión casi automática. El verso citado de Boileau forma parte de las evidencias para el que ha asimilado los valores trasmitidos por cierto aparato escolar, y puede servir, por ejemplo, para rechazar una interpretación de los textos que no esté centrada en el sujeto-creador. Sería muy útil una topografía de los lugares comunes: ella se delinearía en función de sus lugares de circulación, de la posición de sus usuarios y de su rol discursivo. Sería también interesante estudiar la manera como se introducen: *como ha dicho muy bien X, como se ha dicho, como ha dicho el otro, es bien sabido que*, etc. Así podría señalarse quizás el estatus discursivo de estas citas.

Este inventario es muy sumario e incompleto, pero lo importante es tener conciencia de que el estatus de una cita no es jamás neutro y remite a los fundamentos ideológicos y textuales del discurso citante: también es difícil dar cuenta de esos estatus fuera del funcionamiento efectivo de los textos. Muy frecuentemente, la cita es "especular", es decir que el rodeo por el intertexto es un señuelo: bajo la apariencia de dar la palabra a otros discursos, el discurso citante no hace, en realidad, otra cosa que poner en funcionamiento sus propias categorías. Esto es particularmente claro para el discurso polémico. Lo que permite funcionar a ese discurso es el hecho de que, como suele decirse, los adversarios "no hablan de la misma cosa". En otras palabras, cuando se cita el discurso del adversario, es para hacer de él lo negativo del discurso propio, y raramente para tomarlo en la regulación que le es propia. Esto no es el fruto de un error sicológico (una lectura

apresurada, una falta de moderación, de imparcialidad, etc.) sino de contradicciones objetivas (no lingüísticas): la incomprensión mutua es la condición de posibilidad misma de la polémica, o más bien la traducción de los límites estructurales de cada uno de los dos discursos, que se delimitan uno al otro. Nada más fuera de lugar, pues, que verificar la exactitud de las citas para probar lo bien fundamentado de una polémica, a menos de postular que el sentido de un fragmento de discurso es un dato estable, fijado de una vez por todas dentro de los límites materiales de ese fragmento. El conjunto de las citas que hace un discurso, un tipo de discurso, es el producto de un trabajo sobre el intertexto que obedece a una sistematicidad que permite iluminar el funcionamiento entero de ese discurso.

LOS PERFORMATIVOS

La noción de verbos "performativos"[63] es de una gran importancia para el análisis del discurso, en particular si se consideran sus consecuencias indirectas en la concepción del funcionamiento del lenguaje. Muy esquemáticamente, puede decirse que la teoría de los performativos pone en tela de juicio la concepción saussureana de la lengua en tres puntos estrechamente relacionados:

- la idea de que la significación de un enunciado puede ser descripta independientemente del valor de su enunciación: los performativos muestran que, para comprender ciertos enunciados, es prioritario el marco de su enunciación;
- la asimilación de la actividad lingüística y la creatividad individual: por el contrario, la teoría de los performativos reintroduce la institución social en la actividad lingüística;
- la asimilación de las lenguas naturales a códigos destinados a la comunicación intersubjetiva de informaciones explícitas, de conocimientos: por el contrario, como escribe Oswald Ducrot, "se dejará de definir la lengua, a la manera de Saussure, como un código, es decir como un instrumento de comunicación, y se la considerará como un juego, o, más exactamente, como proponiendo las reglas de un juego, y de un juego que se confunde ampliamente con la existencia cotidiana".[64]

Lamentablemente, la teoría de los performativos no ha sido objeto de aplicaciones al análisis del discurso; tampoco las páginas que siguen apuntan a otra cosa que a informar acerca de perspectivas inevitablemente llamadas a influir sobre él de manera decisiva.

El filósofo inglés J. L. Austin denomina "enunciado performativo" a enunciados en los que "la ejecución de la frase es la ejecución de una acción";[65] el "enunciado constativo", en cambio, describe un proceso, pero sin que su enunciación cumpla el acontecimiento que describe; compárese *te nombro general* (performativo) y *lo nombró general* (constativo).

En el primer ejemplo, el sujeto de enunciación realiza el acto al mismo tiempo que lo enuncia, mientras que el segundo ejemplo no

63. En español se les da también el nombre de *realizativos* (N. de T.).
64. *Op. cit.*, pp. 4-5.
65. *How to do things with words*, Oxford, 1962 (traducción francesa: *Quand dire c'est faire*, Seuil, 1970).

MAINGUENEAU, D., *INTRODUCCIÓN A LOS MÉTODOS DE ANÁLISIS DEL DISCURSO*. BS. AS., HACHETTE, 1980.

LAS MODALIDADES

Penetramos en uno de los dominios menos estables, uno de los más confusos también, de la teoría de la enunciación, lamentablemente, el análisis del discurso está obligado a recurrir a él constantemente.

Aquí nuestras ambiciones serán todavía extremadamente modestas, y apuntarán sólo a presentar algunos elementos necesarios para un planteo del problema. Los términos *modalidades*, *modal*, *modalizador*, *modalización* están cargados de interpretaciones, son reclamados por distintas disciplinas, y remiten a realidades lingüísticas variadas.

Son términos tomados de la lógica, y la gramática tradicional hace de ellos un uso tan abundante como poco riguroso (categoría verbal del "modo", actitud del hablante con respecto a su enunciado, matices del pensamiento, etc.).

Es en Charles Bally, precursor indirecto de la teoría de la enunciación, donde se encuentra un empleo sistemático de esta noción. La modalidad es definida por él como *"la forma lingüística de un juicio intelectual, de un juicio afectivo o de una voluntad que un sujeto pensante enuncia a propósito de una percepción o de una representación de su espiritu"*[29]. En cada frase hay dos elementos que deben ser distinguidos: el *dictum* y la *modalidad*. El *dictum* corresponde al contenido representado-intelectual-, a la función de comunicación de la lengua, mientras que la *modalidad* remite a la operación síquica que tiene por objeto al *dictum*.

La relación entre modalidad y dictum no es constante, pero sigue una escala, de lo implícito a lo explícito. Así, el dictum puede ser realizado por un verbo modal con un sujeto modal explícito:

yo = sujeto modal

Yo creo que está allí

creer = verbo modal

o sin sujeto modal: *Es preciso que se vaya*,
con un adverbio modal: *Llegaré probablemente*
con un modo gramatical (el imperativo): *Quiero que te vayas, ¡vete!, etc.*

Bally da un ejemplo significativo de escala, que va desde lo explícito hasta lo sintético (la modalidad incorporada al dictum). Así, en los enunciados siguientes el dictum es constante:

a) quiero que usted salga; b) le ordeno salir; c) es preciso que usted salga; d) usted debe salir; e) salga; f) ¡afuera!; g) ¡ust!, h) mímica; f) expulsión física.

Charles Bally piensa que la modalidad está siempre presente, la mayoría de las veces incorporada; así, *llueve* corresponde en realidad a *(yo compruebo que) llueve*.

Dentro de los límites de este trabajo no podemos ocuparnos de los medios que han propuesto los gramáticos generativistas para integrar a la teoría generativa los

[29] Ch. Bally, "Syntaxe de la modalité explicite", Cahiers Ferdinand de Saussure (1942), p. 3.

elementos lingüísticos que corresponden a las modalidades: nos contentaremos con algunas aclaraciones terminológicas. Según André Meunier, que se inspira en M.A.K. Halliday,[30] se pueden distinguir en particular dos grandes clases: las modalidades de enunciación y las modalidades de enunciado, a las que se agregan las modalidades de mensaje.

Las modalidades de enunciación

La *modalidad de enunciación* corresponde a una relación interpersonal, social, y exige en consecuencia una relación entre los protagonistas de la comunicación. Una frase no puede recibir mas que una modalidad de enunciación –obligatoria- que puede ser declarativa, interrogativa, imperativa, exclamativa, y que especifica el tipo de comunicación entre el hablante y el (los) oyente(s) (Jean Dubois y F. Dubois-Charlier no hablan de "modalidad de enunciación" sino de "constituyentes de frase", con una definición muy semejante). Consideremos, por ejemplo, las frases:

Estoy seguro de que Francia es afortunada.
Estoy afligido de que Francia sea afortunada.

La "modalidad de enunciación" es la misma (declarativa), pero la "modalidad de enunciado" (*v. infra*) es diferente. Además, el sujeto modal de los verbos modales y el sujeto de enunciación coinciden (*yo*). Por el contrario, en una frase como :

León está seguro de que Francia es afortunada.

el sujeto modal (*León*), es diferente del sujeto de enunciación (*el yo que declara*).

La modalidad de enunciación puede desembocar en una teoría de los "actos de lenguaje" (*v. infra*), aprovechable para el análisis del discurso. Oswald Ducrot hace notar precisamente que el acto de ordenar implica cierta relación jerárquica; asimismo, el derecho de interrogar no se adjudica a cualquiera, y remite a un tipo particular de relación social. El mismo autor señala que el hecho de hacer una pregunta obliga al receptor a continuar el discurso, a responder. En otras palabras, por la vía de las modalidades de enunciación se contribuiría a construir esta teoría de las *relaciones interhumanas* de las que la lengua ofrece no solamente la ocasión y el medio sino también el marco institucional, la regla[31].

Modalidades de enunciado

Las modalidades de enunciado son una categoría lingüística mucho menos evidente; no se apoyan en la relación hablante/oyente, sino que caracterizan la manera en que el hablante sitúa el enunciado en relación con la verdad, la falsedad, la probabilidad, la certidumbre, la verosimilitud, etc. (*modalidad lógicas*); o en relación con juicios apreciativos: lo feliz, lo triste, lo útil, etc. (*modalidades apreciativas*).

Así, en: *Es posible que venga Pablo, es posible* constituye la modalidad lógica, sintácticamente distinta, aquí de la "proposición básica" (*Pablo venir*). En cambio, en *Pablo está seguramente allí*, la modalidad lógica se manifiesta sintácticamente por un adverbio (*seguramente*).

Lo mismo vale para la modalidad apreciativa; se puede distinguir, por ejemplo, entre *Es una suerte que Pablo esté allí* y *Afortunadamente Pablo está allí.*

En la medida en que una lengua no es de ningún modo un lenguaje lógico, la manera como las modalidades de enunciado se incorporan a la proposición básica no deja de tener efecto sobre su significación. Como siempre que se compara lógica y

[30] "Modalités et communicaton", en *Langue Française*, 25.
[31] *Dire et ne pas dire*, Hermann, 1972, p.4.

lenguaje, es sorprendente la diversidad de recursos de las lenguas: así para la modalidad de lo posible, nos encontramos con estructuras de frases muy variadas que llegan a hacer dudar de la homogeneidad lingüística de esta modalidad:

a) Es posible que partamos.
b) No es imposible que partamos.
c) Puede que partamos.
d) Quizá partamos.
e) Puede ser que partamos.
f) Nuestra partida es posible.
g) Nuestra partida no es imposible.
h) Podemos partir[32]

La equivalencia semántica de estas frases presenta dificultades: a) y b), f) y g), respectivamente, difieren sutilmente, mientras que f) y d) son netamente distintas. Según Ducrot, los tipos f) y d) corresponden a actitudes distintas en el enunciador: f) afirma una posibilidad, mientras que en d) el hablante "toma una cierta actitud que no es ni afirmación ni rechazo, ante el acontecimiento considerado [...] La posibilidad es afirmada por f) y representada por d)"[33]. Ve aquí una diferencia análoga a la que opone *estoy triste* (afirmado) y *¡ay!* (representado), tanto síntoma como expresión del dolor.

Tales diferencias son importantes en una perspectiva de análisis del discurso teniendo en cuenta la relación que existe entre enunciador y enunciado.

Además, la lengua no presenta un sistema evidente y simple de modalidades lógicas, seguramente, tiende más bien a la probabilidad que a la certidumbre; ¿qué decir de *ciertamente*, *sin duda*, etc.? No puede decirse que *ciertamente* y *seguramente* sean el correlato exacto de *cierto* y *seguro*. No hay más que evocar la complejidad de los verbos llamados "modales" (poder, deber) para comprender cuántas dificultades provoca la noción de modalidad de enunciado. En cuanto a las modalidades apreciativas, circunscribirlas o clasificarlas constituye una tarea altamente problemática; es difícil por ejemplo, identificar:

a) Es una suerte que León se vaya.
b) *León se va, ¡por suerte!*

Modalidades de mensaje

Abordamos aquí una cuestión muy delicada, puesto que se trata de hecho, del valor modalizador de ciertas transformaciones sintácticas. Estas tienen un papel muy importante por cierto, pero bastante oscuro por el momento. Nos limitaremos a hacer algunas referencias carentes de todo formalismo.

En este punto, hay que rechazar dos actitudes extremas: creer que a cada trasformación (por ejemplo, la pasivación o la nominalización) corresponde una incidencia semántica sobre la oración que sea constante, unívoca; o, inversamente, pretender que no se puede asignar *a priori* ninguna significación fuera de contextos discursivos determinados. En el primer caso se correría el riesgo de caer en una especie de "clave de las trasformaciones" comparables a la "clave de los sueños"; en el segundo, se estarían negando las restricciones que impone la lengua. Será preferible

[32] Señalemos que la modalidad lógica puede estar implícita, ligada a los determinantes, a los tiempos verbales, etc. Así, en "*Honrarás a tu padre y a tu madre*", la modalidad de obligación está presente, ligada a la estructura de la máxima y al futuro. También puede haber ambigüedades: *Estos vidrios se limpian* puede ser interpretado como una posibilidad (*pueden limpiarse*) o una necesidad (*deben limpiarse*).
[33] Ob. cit., pp. 66-67.

sostener que hay una predisposición de tal trasformación o de tal tipo para tal incidencia semántica, pero que esa predisposición puede tanto ejercerse plenamente como ser neutralizada, desplazada, o incluso invertida en el funcionamiento efectivo o tipo de discurso.

Vamos a considerar aquí, y muy superficialmente, sólo dos cuestiones: ubicación del "tema", importancia del "agente".

El lingüista inglés M.A.K. Halliday,[34] siguiendo a muchos otros, insiste en la existencia de dos componentes en la oración: el *tema* y el *rema*. El tema es, en cierto sentido, el "sujeto psicológico, es decir, el elemento al cual se enganchan el resto de la oración, el elemento esencial, destacado generalmente por su posición inicial. En la mayoría de los casos, el tema coincide con el sujeto gramatical, y el rema, con lo que se dice de él" (se habla también de *tópico* y *comentario*).

El león/devora al ratón
tema rema
(tópico) (comentario)

Diversas trasformaciones permiten poner en posición de tema a tal o cual constituyente de la oración.

-Desplazamiento a la posición inicial

Brusquement (tema), *l'auto disparut* (rema) ["Repentinamente el auto desapareció"][35]

À Paris (tema), il a été fait prisonnier (rema) ["En Paris, fue hecho prisionero"].

-Realce por medio de *c'est* ["es que"]: *C'est Pierre que León aime* ["Es a Pedro a quién ama León"]. Según J. y F. Dubois, [36] esta oración, que se distingue de la oración enfática *(v.infra)*, proviene del encaje de:

-*León aime quelqu'n* ["León ama a alguien"].
-*Ce quelq'un est Pierre* ["Ese alguien es Pedro"].

Esta trasformación puede operar sobre diversos constituyentes: *C'est hier que j'ai vu León* ["fue ayer que vi a León"], *c'est moi qui ai vu León* ["fui yo que vi a León"], *c'est León que j'ai vu* ["fue León a quien vi"], etc.

-El énfasis, que se acompaña de una pronominalización y de una dislocación. La trasformación puede operar sobre:

- **El sujeto**:

Pierre, il aime León ["Pedro, ama a León"] (familiar)

- **El objeto directo**:

Paul León l'aime ["A Pablo, León lo ama"]

- **El objeto indirecto**:

[34] Ver "Notes on transitivity and theme" (*Journal of Linguistics*), III-1, III-2, IV-2 (1967-68).
[35] La traducción de estos ejemplos no significa que exista una equivalencia exacta entre el francés y el español (N. de la T.).
[36] *Éléments de linguistique française*, Larousse, 1970, p.184.

À Paul, je le lui ai dit [“A Pablo, yo se lo he dicho”]

(variante = *j’ y ai dit*)

L’argent, je m’en moque [“La plata, me río de ella”]

- **Un grupo preposicional**:

Paris, j’y suis resté deux jours [“En París, allí me quedé dos días”], etc

La lengua familiar emplea también una dislocación hacia atrás:

Je l’ai vu, León [“Yo lo vi, a León”].

Je le lui dit, à Paul [“Yo le dije, a Pablo”], etc.

La ubicación del tema es evidentemente indisociable del contexto que es el único que la justifica o no para tal o cual elemento de la oración.

La transformación pasiva está ligada directamente al problema del tema; en efecto de ella resulta la colocación del objeto directo en posición inicial y consecuentemente, su conversión en tema:

Marie/ embrasse León = León / est embrassé par Marie[37]

tema rema tema rema

La pasivación plantea sin embargo problemas específicos, relacionados particularmente con el “agente” del proceso. Obsérvese que la pasivación ofrece dos posibilidades: hacer desaparecer el agente o destacarlo por medio de una preposición.

La supresión del agente presenta grandes facilidades, pero puede deberse a múltiples causas (el agente es perfectamente conocido, o desconocido, no se lo quiere mencionar, etc); inversamente, la pasivación puede servir para destacar el agente, sobre el cual se cristaliza lo esencial de la información que proporciona la oración: *Estos logros han sido cumplidos por el pueblo* (sobrentendido: *y no por tal otro agente*). La pasiva con agente es, pues, muy diferente de la pasiva incompleta.

Según Jean Dubois,[38] existen igualmente factores sintácticos que favorecen la pasivación por una parte, el contexto para evitar ciertas ambigüedades y por otra el carácter animado del sujeto de la oración transitiva. En el primer caso, por ejemplo en lugar de decir: *La producción automotriz crece en Francia. Pero los excesos de la industria pueden debilitar su impulso, se dirá, pero su impulso puede ser debilitado..., para acelerar su producción.* En el segundo caso, habría una tendencia a restablecer el orden animado –inanimado cuando, en la transitiva, el sujeto es un no-animado y el objeto un animado, y no hay un determinante que remita a un elemento precedente del enunciado: *El granero fue destruido por un transeúnte,* pero *Un transeúnte fue atropellado por un auto*.

Consideremos, por ejemplo, estas tres oraciones:

(1) Este país se gobierna bien.

(2) Este país es bien gobernado.

(3) *León gobierna bien este país*[39]

El tipo (1) ha sido abundantemente estudiado, y desde hace mucho tiempo (en relación con los problemas de modalidad y de transitividad). El tipo (2) es una pasiva incompleta, y (3), una transitiva directa con “agente” en posición inicial. En los tres casos hay un agente implícito (1), semi-implícito (2), explícito (3). Para Halliday, (1) es

---

[37] “María / abraza a León”= “León / es abrazado por María” (N. de la T.)

[38] Grammaire structurale: le verbe. Larrousse, Cap. V.

[39] Para Halliday, op.cit.

una construcción de tipo "orientado hacia el proceso": en efecto, la oración deja entender que el país se gobierna bien en virtud de una cualidad que posee él en si mismo, sea cual sea el agente que se encargue de él; en cambio, (3) es del tipo "orientado hacia el agente" en el sentido de que es la acción de ese agente la que está en el origen de esa buena administración. El tipo (2), la pasiva, estaría también orientado hacia el agente, pero mucho más discretamente.

Finalmente, para dejar el problema de las transformaciones y ocuparnos del "agente", comparemos estas dos oraciones tomadas de N. Ruwet, a quien seguimos en este punto:[40]

(1) *Jean-Baptiste a fait plonger Jésus dans l'eau.* ["Juan el Bautista hizo sumergirse a Jesús en el agua"]

(2) *Jean-Baptiste a plongé Jesús dans l'eau.* ["Juan el Bautista sumergió a Jesús en el agua"]

En los dos casos, Jean-Baptiste es agente, la diferencia entre (1) (causativo) y (2) (transitivo) está relacionada según Ruwet, con la noción de "conexión directa/indirecta". En la conexión directa, "la acción expresada por el verbo es concebida como un proceso global, unitario, particularmente desde el punto de vista temporal"[41]; en cambio, en (1), *Jean-Baptiste* ha podido actuar por persuasión, indirectamente...En (2), conexión directa, el objeto directo es interpretado como objeto inerte, pasivo, y no como agente autónomo. Así, se dirá: (3) *J'ai rentré l'auto au garage* ["He entrado el auto en el garaje"] y no (4) *J'ai rentré les invités au salon* ["He entrado los invitados en el salón"]. La oración: *Jo a sorti Jim du bar*["Jo sacó a Jim del bar"] supone una acción directa sobre un Jim convertido en objeto, caso diferente de: *Jo a fait sortir Jim du bar* ["Jo hizo salir a Jim del bar"].[42] Esto explicaría giros periodísticos como: *Le ministre a démissionné son secrétaire d'Etat* ["El ministro ha renunciado a su secretario de Estado"], que supone una coerción directa, o como: *La police a suicidé Stavisky* ["La policía ha suicidado a Stavisky"].[43]

---

[40] *Théorie syntaxique du français*. Seuil, 1972, pp. 126-180.

[41] Ibídem. P. 152.

[42] En español, verbos como entrar o pasar se comportan de modo semejante: puede decirse *entró el auto en el garaje* y no *entre a los invitados en el sala*, pero *entré al nene porque hacia frío* o *entró a Juan por la fuerza*, donde *el nene* y *Juan* se interpretan como objetos pasivos. De la misma manera *pasé la mesa de la sala al comedor* o *pasé a mi secretaria a otra sección*, pero no *pasé a los invitados de la sala al comedor*. *Hice entrar a los amiguitos de mi hijo* o *me hizo pasar amablemente*. (N. de la T.)

[43] N. Ruwet, op. cit., p, 155.